

# Los desastres naturales, retos para el nuevo milenio

Dr. José Luis Zeballos Z., Representante de OPS/OMS en México

Conferencia presentada en ocasión de su incorporación como Académico honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística marzo 1°, 1999

Los desastres naturales son resultado de la vulnerabilidad de la población ante las amenazas de la naturaleza como los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, inundaciones, deslizamientos y sequías. La humanidad ha pagado caro tributo a los efectos catastróficos de los desastres; según varias agencias especializadas se estima que el conjunto de las pérdidas de vidas, heridos y damnificados en el mundo, en el período de 1970 a 1999, supera la cifra de 150 millones de personas.

Pero no solamente son los efectos negativos medibles en la dolorosa pérdida de vidas humanas, sino también los efectos asociados a los inmensos costos económicos como consecuencia de pérdidas de infraestructura física, daños a la producción agrícola y pérdidas que afectan la economía de los países especialmente aquellos que aún sufren los rezagos de un desarrollo socioeconómico insuficiente, esto sin contar las pérdidas que afectan a los damnificados que en adición de perder a sus seres queridos suelen perder todo aquello que habían adquirido con años de trabajo y sacrificio.

En el contexto de nuestra región, la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe estimó la pérdida de más de 10 mil millones de dólares en tan

sólo 5 eventos catastróficos que afectaron nuestra región en la década de los 80. Recientemente, los efectos del huracán *Mitch* a cuatro países centroamericanos ocasionaron la pérdida aproximada de 7,000 millones de dólares. América Latina es un Continente vulnerable, los fenómenos naturales son recurrentes y si no aprendemos de la historia y de las lecciones que nos han dejado pasados trágicos muy poco podremos hacer para proteger a nuestros países y sociedades vulnerables.

Es por todos conocido que hay un irresistible movimiento de millones de población hacia los grandes centros urbanos; casi la mitad de los seis mil millones de habitantes que poblarán la tierra al inicio del siglo XXI estarán ubicados en las ciudades y en los suburbios de las ciudades, situación potencial para el aumento de la vulnerabilidad.

Pero no es solamente la concentración urbana la que nos debe preocupar, en grandes metrópolis como es el caso de la ciudad de México, Sao Paulo, Tokio, Calcuta por nombrar algunas, no se sabe con certeza con cuanto rigor se observan los códigos de construcción o en que medida se eluden las regulaciones de zonificación para las construcciones. El Secretariado General del Decenio Internacional para la Reducción



de los Desastres Naturales (DIRDN) afirma que, por lo menos un cuarto de la población de la tierra, vive en áreas de alto riesgo y esta cantidad está aumentando muy rápidamente.

A fines del presente siglo, 17 de las 20 ciudades más grandemente pobladas en el mundo estarán ubicadas en países en vías de desarrollo. Con las actuales tasas de crecimiento urbano se calcula que para el año 2,025, el 80 % de las grandes urbes estarán ubicadas en estos países.

¿Cómo la humanidad va a poder encarar semejante desafío? ¿Estaremos preparados para poder satisfacer a los habitantes de viviendas, y las viviendas serán a prueba de sismos? ¿Podremos satisfacer con servicios básicos de agua, alcantarillado, energía eléctrica, comunicaciones, etc.? Y ¿el aire que respiramos, será más puro? ¿Que idea tenemos de la producción de basura y otros desechos y

de la contaminación del aire que produce daños irreversibles a la salud, tales como el ozono, el bióxido de nitrógeno, bióxido de azufre, plomo, monóxido de carbono, partículas en suspensión, y derivados de gases hidrocarbonados, como por ejemplo, el benceno, y otros que son de creciente preocupación en grandes ciudades con contaminación de aire, y que la mayoría de estas están ubicadas en países en vías de desarrollo.

No hay duda que los escenarios potenciales que acabo de describir constituyen un serio desafío para los planificadores a largo plazo, sin duda ya se nos plantea un imperativo: achicar el tamaño de las grandes urbes, descongestionar el hacinamiento urbano. Pero proponer es fácil, su aplicación práctica requiere de medidas audaces que están directamente relacionadas con los procesos de desarrollo socioeconómico y con las políticas de planificación urbana.

Si bien la densidad demográfica es uno de los factores, no podemos pasar desapercibidos otros aspectos fundamentales que contribuyen a la vulnerabilidad de las poblaciones a los desastres; existe una estrecha relación entre la vulnerabilidad de los desastres y el desarrollo socioeconómico. Los desastres naturales en América Latina y el Caribe han demostrado,

invariabilmente, que quienes sufren más el impacto son aquellos con bajos ingresos y viviendas de mala calidad. Los más pobres, con niveles educativos más bajos, por lo general, viven en asentamientos improvisados, propensos a deslizamientos, o en las laderas de los volcanes o en las orillas de los ríos. Durante las sequías, los más afectados son los pobres que no pueden adquirir sus alimentos, la hambruna que se observa en países menos desarrollados es con frecuencia el resultado de la falta de dinero para adquirir alimentos que la falta de alimentos en sí. La pobreza es también la mayor causa de las migraciones internas e internacionales y fermento de la violencia social.

Un estudio de las Naciones Unidas estimó que el 95% de las muertes causadas por los desastres ocurren entre el 66% de la población más pobre del mundo; la realidad para América Latina y el Caribe es que los pobres no solamente soportan una cuota desmedida del impacto de los desastres, sino que se encuentran en desventaja durante las fases de rehabilitación y de reconstrucción; de esta forma se acelera el ciclo de empobrecimiento.

Otro aspecto insoslayable de mencionar es el deterioro ambiental, la depredación ambiental parece ser un signo que acompaña al desarrollo o a políticas desarrollistas mal planificadas y peor ejecutadas, el uso irracional de la tierra, la deforestación y la degradación ambiental crean condiciones precarias que multiplican los efectos de los desastres. El desarrollo industrial inorgánico, la industria contaminante, el vaciamiento al medio ambiente, suelo y agua de agentes tóxicos, sumado a la negligencia o ignorancia del hombre contribuyen a generar un entorno que amenaza la existencia de la flora y fauna y, a largo plazo, una seria amenaza para la misma espe-

cie humana o por lo menos para la salud.

Muchas epidemias de nuestro tiempo están asociadas a la depredación ambiental; los trastornos climáticos acarrear sequías, que afectan el estado de nutrición de las poblaciones y la muerte de ganado, las inundaciones son caldo fértil para la crianza de mosquitos de importancia para la salud pública, tales como el dengue y la malaria; enfermedades emergentes, tales como el Ebola y otras que cursan con síndrome hemorrágico, se derivan del contacto del hombre con el nicho ecológico de especies de animales que sirven como reservorio; la leishmaniasis es un ejemplo de enfermedad por la exposición del hombre con la floresta en su afán de explotación de maderas, y así podemos citar muchas otras.

Merecería un capítulo aparte el analizar las consecuencias de los desastres naturales, particularmente los de origen hidrometeorológico, por las enormes pérdidas que ocasionan a la agricultura, la ganadería, la fauna silvestre e incluso los animales domésticos.

Para evitar o por lo menos mitigar los efectos negativos del desarrollo, la comunidad interna-

cional y las agencias de las Naciones Unidas han incorporado el concepto de Desarrollo Sustentable en el entendido que es el producto de una planificación integral que incorpora consideraciones acerca del riesgo por desastre, tales como reducción de amenazas y de vulnerabilidad, así como estrategias destinadas a la conservación del medio ambiente, al crecimiento económico, al mejoramiento de los niveles de educación y de las condiciones de vida de la población de un país. Insisto en señalar que en los países de frágil economía los efectos de los desastres a menudo superan el total del ingreso bruto anual de un país. No es sorprendente entonces que estos eventos puedan paralizar a los países afectados y provocar disturbios sociales y económicos.

Los países de la América Latina y el Caribe, por sus características geológicas y geográficas, son altamente vulnerables a los desastres naturales, causando de manera recurrente numerosas víctimas y ocasionando severas pérdidas económicas y efectos sociales negativos. Cada año, según CEPAL, se estima que más de 1,500 millones de dólares se pierden en daños directos; a esto hay que añadir los daños indirectos y secundarios ocasionados por los desastres.

Tan sólo la suma de las pérdidas de vidas por los terremotos de Perú en 1970, Nicaragua 1972, Guatemala 1976 y México 1985, se calculan en más de 100,000 vidas. Las pérdidas económicas de los principales desastres en Latinoamérica, desde el período de 1980 al presente, se estiman en más de 20 mil millones de dólares. Según cálculos de CEPAL, el terremoto de México ocasionó la pérdida de 4 mil 337 millones de dólares. El huracán Mitch ocasionó en Honduras la pérdida de 5,000 millones de dólares, casi 6,000 muertos, más de 8,000 desaparecidos, 12,000 heridos, 1,500,000 damnificados y cerca de 150,000 viviendas afectadas, según varias fuentes, entre ellas la OPS.

Cito Honduras, porque su débil economía e infraestructura seguramente no permitirá su recuperación en menos de una década. Los otros países afectados por el Mitch, Nicaragua, Guatemala y El Salvador, sufrieron en conjunto la pérdida preliminarmente estimada en más de 2,000 millones de dólares y 3,000 vidas perdidas.

En México, sin duda alguna, los acontecimientos derivados de los terremotos de 1985 marcaron profundamente a la sociedad mexicana por la magnitud de la catástrofe; México había confrontado previamente desastres de diversa naturaleza y todos ellos pudieron ser manejados con autosuficiencia. Varios aspectos influyeron para que el desastre telúrico fuera uno de los más severos que haya afectado una gran urbe en el presente siglo: dos terremotos de elevada magnitud (8.1 y 7.5 en la escala de Richter con un intervalo de apenas 24 horas); la interrupción brusca de los sistemas vitales, especialmente el de las comunicaciones que aislaron a la ciudad de México del resto del mundo; la dispersión geográfica de los edificios e infraestructuras dañadas y la

